

Maternidad: ¿Un deseo femenino en la Teoría freudiana?¹

Motherhood: a Female Desaire in the Freudian Theory?

Rodrigo Robles Blaessinger

Estudiante Magíster Universidad de Chile
rodrigo.robles.b@gmail.com

SÍNTESIS

Este ensayo se plantea como una reflexión de la maternidad en las ideas freudianas. A la luz de estas construcciones se esboza cómo esta imagen es construida desde sus prácticas en la sociedad a partir de una cultura patriarcal. Además, se trabajan sobre ideas de la sexualidad femenina, la feminidad madura y el deseo de hijo en el psicoanálisis de Freud. Finalmente una propuesta de la maternidad a partir de los símbolos culturales impuestos. Por lo tanto, se intenta mostrar la dificultad de distinguir entre el deber ser madre y el deseo de un hijo.

ABSTRACT

This article is a critical review about Freudian ideas of motherhood. We outline how this image is built on the social and political practices in a patriarchal society as a result of imposed cultural symbols. Besides we study the concept of the female sexuality, mature femininity and women's desire in Freud psychoanalysis. Therefore the essay indicates the difficulty for distinguishing women desire from their duty of accomplish the symbolic issue of being mothers.

Palabras claves: Maternidad, sexualidad femenina, feminidad madura, Psicoanálisis.

Keywords: Motherhood, female sexuality, mature femininity, Psychoanalysis.

Es un hecho: entre la madre de quién hablamos y la madre que habla la distancia es larga. La primera es objeto, visto a través del prisma del fantasma del que habla. La segunda es sujeto (...) y como tal presa de la división hablante-ser.
(Soler, 2006, 131)

Mi intención en este texto es realizar una presentación sobre cómo, en la teoría freudiana, se pueden encontrar algunas ideas de la maternidad. Me es posible presuponer que el psicoanálisis en tanto disciplina del sujeto, no ha estado ajeno a las construcciones de este concepto.

Si de algo nos habla Freud y la teoría psicoanalítica, es que en el inconsciente se alojan los deseos más íntimos de los seres humanos, invisibles a primera vista y reprimidos por la cultura. Un inconsciente armado en la niñez y determinante en el transcurso de la vida. Por ende, estamos en parte determinados a nuestra historia.

En este sentido la maternidad en el inconsciente femenino puede mantenerse en una delgada línea entre el deber y el deseo. El límite entre el “deber ser...” y “el querer a...”, así como el de la imagen y la palabra, es frágil como el espejo más débil. Lo difícil justamente es distinguir hacia donde se dirige el sujeto y cuál es este espejo que lo constituye.

En mi trabajo de escucha psicoterapéutica, he tenido la experiencia de encontrarme con algunas mujeres donde las ideas de maternidad no se corresponden con sus deseos, vivenciándola como un deber social y moral, como una carga a la cual desearían engañar. Padecen el ser madres, y lo presentan como un callejón sin salida.

Cuando una mujer no es madre o no lo desea, lo que no solo se refiere al acto de parir, sino también a las prácticas sociales asociadas –amamantar, criar, educar, moralizar, proteger, etcétera–, el arrebató social parece tomar mayor fuerza. Porque es la vida de un niño o niña la que está en juego, porque es la vida de la humanidad la que se tensiona. ¿Cómo una mujer no querría ser madre si su cuerpo está dispuesto para aquello?!

Pero por otra parte, también me he encontrado con mujeres cuyo deseo de ser madre se ha significado desde su historia y en ello

encuentran su meta y su sentido de vida: la abnegación por un otro parece ser lo medular, entrega y desplazamiento en ese hijo que satisface sus deseos más íntimos.

El psicoanálisis freudiano reaparece en estos caminos, y en cierta medida desde esta teoría es posible interpretar que el deseo por la maternidad en la niña emerge en edades muy tempranas. Esto se correlaciona con mayor fuerza al momento de situar la envidia del pene, como el lugar central de la psiquis femenina y al realizar la interpretación sobre un deseo metonímico entre pene e hijo.

Ser sujeto es estar sujetado –o sujetada– a un Otro, y por tanto un deseo –en este caso deseo de hijo que es deseo de pene– es deseo del y por Otro. No habría deseo sin una Ley que lo prohíba, o una cultura que sancione y realice una contrademanda de lo que pide el sujeto. El problema podría aparecer cuando nos preguntamos sobre quién construye dicha Ley y sanción.

Si Lacan plantea que “La mujer no existe”¹, refiriéndose supuestamente a que no habría un genérico universal para todas las mujeres, y además porque no toda es en el goce fálico e intenta suplir su falta, y si el hijo podría resultar un obturador de aquella falta. Entonces ¿La madre si existe?

No es mi intención rebatir o desautorizar estas teorías. Pero deseo dar cuenta de algunas construcciones que luego se naturalizan, agudizando el ojo sobre los esencialismos contruidos con la idea de maternidad. Esta construcción recaería en las mujeres como el destino deseado por la sociedad y la cultura patriarcal, lo que puede entrapar al sujeto femenino en su malestar.

La Maternidad... dominación de prácticas

La idea de maternidad ha sido parte de una construcción socio-histórica y contextual, por lo tanto sus significados y prácticas se han situado inevitablemente de forma particular. En este sentido, sería imposible mirar la práctica materna desde un lugar esencialista y estático, por el contrario, aquella se ha transformado constantemente; construida, desarmada y vuelta a construir.

Durante la historia de nuestra cultura occidental las mujeres se han hecho cargo del cuidado de los niños. No solamente han sido destinadas a encargarse de los procesos llamados *naturales* (emba-

razo, parto, lactancia), sino también de la crianza, la educación, los cuidados básicos, la afectividad y la socialización.

Con la Ilustración y luego el advenimiento de la democracia en Europa y el nacimiento de las repúblicas americanas, la división sexual del trabajo se hace norma según la teoría que iniciara J.J. Rousseau acerca de la naturaleza de las mujeres, que marca como primer destino la función doméstica y reproductora de la especie y de los cuerpos. El nuevo contrato social/sexual destina a las mujeres a generar una plusvalía en su entrega amorosa a la familia en el ámbito privado (Errázuriz, 2012). Las mujeres deberán quedarse en sus hogares, una vez más en la historia, formando el futuro de nuestra sociedad: este rol *natural* es asociado espontáneamente a lo doméstico, construido como oposición a lo público de la vida social que queda en mano del mundo masculino.

Pero este rol histórico femenino frente a sus niños y niñas no siempre fue así. Ariès (1987) ha afirmado que la infancia tal como la entendemos ahora, es un fenómeno reciente que aparece en una época determinada en el mundo occidental. La visión de un niño o niña con características propias, formas de conductas específicas, modos de vestir y actividades particulares, es parte de un periodo histórico concreto que tiene su comienzo en la modernidad.

Así, no sería posible generalizar a toda la historia, y menos considerar como algo natural, el rol y la práctica de la mujer enmarcada en el mundo doméstico encargada del cuidado y moral de la infancia.

Por otro lado, según Silvia Tubert, en la mayoría de las culturas con orden patriarcal se identifica la feminidad con la maternidad, y a partir de una capacidad reproductora y biológica se localiza el “deber ser” en las mujeres desde normas que controlan tanto su sexualidad como su fecundidad. Estas normas no se presentarían de maneras explícitas sino como estrategias y discursos que hablan de lo femenino, construyéndolo y limitándolo, de manera que la mujer desaparece tras esta función materna y se configura como un ideal.

La maternidad queda presa en el orden de lo natural, como algo inscrito en lo precultural y prediscursivo, y así la reproducción como hecho biológico se localiza en el cuerpo de la mujer. Por lo tanto, el *instinto materno* correspondería al resultado de un deseo culturalmente construido que se expresa desde un vocabulario natu-

ralista. Para Butler (2001) esta naturalización se construye a partir de una ley de parentesco que necesita de la producción y reproducción heterosexual del deseo. Es decir, el deseo de parir sería, por tanto, el resultado de prácticas culturales para sus fines reproductivos.

Así, esta visión naturalista de la maternidad no podría ser otra cosa que la construcción histórica de un sistema sexual-político, y el cuerpo femenino asume la maternidad como su mayor deseo. A partir del deseo por el hijo la mujer puede ser valorada culturalmente.

Para Tubert las condiciones biológicas de la reproducción sexuada, unidas a las condiciones sociales, económicas y políticas de la reproducción de la vida social, construyen la *función materna*. Con esto, se impone un orden simbólico/cultural desde representaciones, imágenes o figuras atravesadas por relaciones de poder, de un colectivo social –hombres/padres– por sobre otro colectivo –mujeres/madres–. Es decir se presenta una dominación frente a las prácticas y desde este orden simbólico se logran naturalizar.

A partir de la Modernidad se conforman estrategias que permiten asegurar los valores sociales dominantes. El matrimonio, la familia, la educación, son instituciones que aseguran la transmisión de los poderes y privilegios heredados. En este sentido, no solo son los conceptos los que se ponen en juego, sino también los escenarios donde deben encontrarse las madres y lo femenino; el mundo privado familiar, la casa y los hijos/as deviene un mundo donde se construye a la mujer/madre.

Se naturaliza la práctica, la posición femenina se estructura hacia los caminos de la maternidad, y se exalta por sobre todo el vínculo que establece una mujer con su hijo o hija. Para Moore (1999) las líneas antropológicas actuales han revalorizado el vínculo de la madre con su hijo/a, acentuando las diferencias entre la maternidad y la paternidad. Se propone que lo verdaderamente nuclear de la sociedad actual es la relación entre la mujer y los niños. Esta relación se comienza a leer como una unidad y sería la mejor representación de los procesos llamados biológicos. Sin embargo, esta unidad no constituye un lugar de poder, ya que se encuentra subordinada al *pater familias*, proveedor, dueño de los recursos y hacedor de leyes y del orden público.

Cierta línea psicoanalítica además de la teoría clásica inicial que da cuenta de la construcción del deseo de hijo por parte de la mujer como obturación de la falta, se ha encargado de poner en relieve, también, la importancia de la relación del niño/a con su madre, o específicamente de los “cuidados maternos”. Tal es la preocupación de los orígenes de la *teoría del Apego* de John Bowlby, la *madre suficientemente buena* de Donald Winnicott y la *teoría de la relación objetales* de Melanie Klein. A partir de estas teorías posiblemente se fue (re)produciendo la evacuación del lugar paterno, y se otorga toda la responsabilidad del destino subjetivo del hijo, o hija, a la madre.

Por lo tanto, la relación entre madre e hijo es interpretada como particularmente *natural*. La paternidad sería una condición social, y no así, lo materno. Tomando mayor fuerza la necesidad de situar a la mujer como madre y al establecerse como natural los cuestionamientos se hacen más inocuos.

Freud y la sexualidad femenina: envidia del pene, castración y deseo

La sexualidad femenina ha sido un tema recurrente en el psicoanálisis, a pesar de la última pregunta de Freud sobre ¿Qué quieren las mujeres?, sus construcciones anteriores fueron variadas y contundentes. Y más que una supuesta ignorancia del psicoanálisis –como construcción patriarcal– respecto a las mujeres, posiblemente se sitúa como una disciplina que estudia al sujeto, construida como un conocimiento acumulable y reconocible por sus practicantes. En esta medida ha adquirido valor histórico y se ha constituido en una institución de lo simbólico.

Hace bastante tiempo la teoría freudiana ha sido puesta en tensión por las críticas sobre su posición frente a la cultura patriarcal. Las discusiones sobre este punto han sido variadas. Por un lado, ideas que postulan que esta teoría reproduce normas del sistema sexo-género, por tanto un mecanismo más de poder, y por otro lado ideas marcan a la teoría psicoanalítica como un dispositivo que ayuda al develamiento de estas lógicas simbólicas impuestas culturalmente.

Me parece que de ninguna forma se podría plantear que la letra escrita es inocente, menos en una teoría que ha valorizado el incons-

ciente por sobre todo. El desafío se encuentra entonces en deconstruir las ideologías y esclarecer estas tensiones.

A partir del desarrollo sexual del sujeto, Freud (1923) integra las organizaciones pre edípicas de la libido (oral, anal, fálica), situándolas desde el nacimiento hasta aproximadamente los seis años, donde el complejo de Edipo es resuelto por lo menos por parte del varón. En estas etapas pre edípicas priman aspectos que tendrán que ver con la masturbación de las distintas zonas erógenas tomando a la madre como *objeto de deseo*.

Así, desde estas primeras ideas la figura materna es puesta como el primer puntal del niño y la niña. Al instituir a la madre como objeto de deseo sexual, se posiciona como primer objeto de referencia para la constitución metonímica de la cadena de significantes.

Las interpretaciones sobre este punto han sido variadas, en algunas ocasiones tomando como punto de referencia el cuerpo que sostiene la psiquis de un niño, y que sea de la madre es una construcción lingüística posterior. Kristeva (1987) es una de las autoras que trabaja sobre esto, mencionando que este puntal es prelingüístico y precultural. Por lo tanto, la idea de lo materno cultural no tiene que ver con el desarrollo psíquico.

Ahora bien, lo interesante para este artículo tendrá que ver cómo desde la teoría freudiana la niña termina deseando ser madre y constituirse en el objeto de deseo del que está por nacer.

Para Freud, la niña, luego de atravesar la fase oral y anal, en la fase fálica logra reconocer su diferencia y se deprime por la falta de pene, quedando presa del *penisneid* o envidia del pene. Desde entonces *se siente* castrada como consecuencia de percibir una mayor valoración de este atributo masculino que ella no puede tener. El complejo de Edipo termina por concretar la relación a partir de la *ansiedad de castración*. El resultado para la niña será direccionar su interés hacia al padre para acceder al pene deseado y así entrar a la cultura desde el sentimiento de inferioridad cambiando su objeto de deseo: de la madre al pene. (Freud, 1923) Deseará entonces un hijo del padre según la ecuación simbólica "hijo=pene" y al no obtenerlo, esperará más adelante, el hijo de un sustituto del padre. Para Freud esto es un difícil recorrido, de manera que la niña se vería enfrentada a heridas narcisistas que marcarían su subjetividad.

En este sentido dirá Freud que la elección de objeto dada en la pubertad presenta en la mujer una suerte de involución. El autor recalca que en la niña la zona erógena rectora se sitúa en el clítoris, que se homologa al órgano masculino en las primeras fases, pero en la pubertad traería una nueva ola de represión, afectando la sexualidad clitoridiana y sucumbiendo parte de su libido.

Durante el tránsito de esta energía sexual a las otras zonas del genital femenino, la joven se encontraría en una situación anestésica, para que luego la estimulabilidad erógena del clítoris pase a la vagina como el órgano principal del desarrollo de la sexualidad femenina, siendo la zona rectora para la práctica sexual posterior. Así, esta oleada represiva sobre la sexualidad masculina de la mujer, reside en que sea proclive a la neurosis, específicamente a la histeria, entramándose con la naturaleza femenina (Freud, 1905).

Hasta este momento, al parecer Freud había realizado una construcción sobre la sexualidad femenina a partir de la homologación del clítoris con el pene, instalándose en el inconsciente una supremacía fálica. A partir de aquello, aparece una ola represiva sobre el órgano femenino, emergiendo la castración y la envidia del pene como constituyente en la psiquis de la mujer, lo que permitiría dar paso a la vagina –“el órgano reproductivo”– como el vector de las prácticas sexuales posteriores. Pero sus construcciones no terminan acá.

En una conferencia posterior sobre “La feminidad”, Freud indaga el desarrollo sexual femenino desde dos expectativas, en primer lugar que la constitución ha de plegarse sin renuncia a la función, y la segunda, que los cambios decisivos se encaminen o consumen antes de la pubertad. Con esto, en comparación con el varón, el desarrollo desde la niña hasta la mujer *normal* sería más difícil y complicado, puesto que incluye dos tareas adicionales que el varón no tendría.

La primera tarea se refiere a que habría un primer proceso donde su clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y su valor. La segunda tarea es referida al proceso de cambio de objeto que vive la niña en la situación edípica, debiendo abandonar su primer objeto, la madre, para volverse hacia el padre quien ha devenido objeto de amor para la niña porque le puede proporcionar

un sustituto de pene, esperando que en “curso normal” encuentre el camino hacia la elección definitiva de objeto (Freud, 1933 [1932]).

Respecto a la ligazon con la madre, en el *complejo de castración* la mujer haría responsable a su primer objeto de amor de su falta de pene. En sus inicios no habría diferencia del órgano, pero por la visión de los genitales del otro sexo la niña se da cuenta que no tiene algo que el varón sí tiene, quedando presa del *penisneid* y su madre sería la responsable de aquello. Y que lo admita la niña no quiere decir que lo acepte, sino que se aferra al deseo de tener aquello que envidia.

La feminidad madura, el deseo de hijo y en la Teoría freudiana

Freud comienza a construir una sexualidad femenina donde la lógica falocéntrica se aloja en el inconsciente de la mujer. Lo principal recaería en el complejo de castración, la envidia del pene y su deseo de tenerlo. A partir de esto, plantea tres destinos posibles en el desarrollo de lo femenino. La primera llevaría a la inhibición sexual o la neurosis; la segunda a la alteración del carácter por un complejo de masculinidad, y la tercera, a la feminidad normal.

Respecto a las dos primeras orientaciones no las pretendo desarrollar en este ensayo, solo dar cuenta que en cierta medida Freud las considera como conflictos que se deberán resolver en las mujeres, y en este sentido podrían entenderse como formas patológicas del funcionamiento femenino. Esto es posible interpretarlo a través de lo que denomina como “feminidad normal”, siendo el camino de lo que menciona como una *feminidad madura*.

En esta *feminidad madura*, Freud (1933 [1932]) recalca que con el abandono de la masturbación clitorídea prevalece la pasividad y la vuelta hacia el padre se concreta. El deseo de la niña que vuelve hacia el padre sería el origen la denegación del deseo del falo materno. A esto, el autor plantea que la situación femenina solo se establecería cuando el deseo del pene se sustituye en deseo del hijo. Así, realiza una equivalencia simbólica donde el hijo aparece en lugar del pene.

Aunque para Freud el deseo por el hijo también pasa por el juego con muñecas de la niña, esto no sería una expresión de la feminidad sino que una identificación con la madre. El deseo femenino

se perfila con el deseo del pene y el hijo-muñeca deviene un hijo del padre. Cuando esto se concreta y el deseo del hijo se consume, especialmente cuando es niño y trae consigo el pene anhelado, el acento recae sobre el hijo y no insiste en el padre. El autor menciona: “(...) el antiguo deseo masculino de poseer el pene sigue trasluciéndose a través de la feminidad consumada (...)” (Freud, 1933 [1932], 119).

A pesar de que según Freud en la feminidad madura no es fácil distinguir entre lo que se atribuye a la función sexual y lo atribuible al ámbito social, menciona que la feminidad tendría que ver con una cuota de narcisismo desde una necesidad de ser amada más que amar, y la envidia del pene seguiría persistiendo tanto desde la vanidad corporal como por la vergüenza que implica el ocultamiento del *defecto de sus genitales*.

Por otro lado, agrega que las condiciones de elección de objeto de la mujer se tornarían irreconocibles por las circunstancias sociales; pero cuando puede mostrarse libremente sigue el ideal narcisista del varón que la niña ha deseado devenir, y si permanece en la ligazón-padre, elige según el modelo paterno.

Para el autor, un cambio posible en la mujer se relaciona con el nacimiento de su primer hijo, situación que le permite una identificación con la madre, instaurándose una repetición que reproduce el matrimonio de los padres. Así, la reacción a la falta de pene no siempre ha perdido la fuerza con el nacimiento de un hijo, y la situación sería distinta entre un hijo varón o niña, ya que se transfiere en el varón la ambición que debió sofocar ella misma, donde espera de este hijo todo lo que quedó del *complejo de masculinidad*.

Con esto Freud menciona que la identificación de la mujer con la madre sería originalmente en el período pre edípico, y luego el derivado del complejo de Edipo que quiere eliminar a la madre. Las fases pre edípicas son decisivas para la adquisición de cualidades con las que se cumplirá el papel sexual y su posición social; en esta identificación también conquista al varón, donde se activa la ligazón-madre edípica de él.

A pesar de que para la teoría freudiana los destinos de las mujeres a partir de su sexualidad puedan ser múltiples y variados, tanto por factores psíquicos como sociales, me es lícito argumentar que sí se pone un tipo de acento en el “devenir normal”. Al hablar de una *femenidad madura*, no lejana a los conflictos y complejidad para alcan-

zarla, parece construirse algo de un imaginario que proviene de lo simbólico, porque se instituye como un ideal.

Para Freud, desde su teoría falocéntrica, la mujer sucumbe ante la envidia del pene y buscará obturar esta falta incansablemente. Pero en la feminidad normal esto pareciera resultar posible desde el momento en que se convierte en madre.

Lo interesante de estos argumentos es que la maternidad en la mujer no solo se basaría en tener a un hijo realmente, sino en el *deseo de hijo* así como desea un pene. Esto quiere decir que la maternidad podría resultar un lugar donde la mujer debe posicionarse simbólicamente más que realmente. El resultado de esto, es no solo ser la madre de su hijo real sino también ser la madre de su pareja –heterosexual–, ya que ocupando esta posición podría conquistar al varón. Tal como lo menciona Freud (1933 [1932]), la mejor forma de relación en una pareja es cuando la mujer logra ocupar el lugar de la madre y el hombre logra ocupar el lugar del hijo.

Con esto podríamos entender que la maternidad es construída como una posición simbólica que la mujer debe alcanzar para vivir sin conflictos y resolver, solo en parte, su falta. Justamente lo extraño es que esta posición y esta idea parecen fundarse en lo más íntimo del desarrollo sexual de la niña. Por tanto la maternidad se podría entender como algo que se va construyendo psíquicamente a muy temprana edad, a partir de los apuntalamientos sexuales otorgados por los *imaginarios sociales*².

Claramente Freud habla de las funciones sociales de las mujeres y, tal como lo menciona Espina (1997), el autor nunca abandona la idea de la envidia del pene como determinante de los comportamientos de la mujer en pareja, en familia y en sociedad, a pesar de que reconozca estos aspectos sociales. Y justamente la relación con el hijo procura a la madre satisfacción ilimitada. En este sentido el padre del psicoanálisis ratifica y profundiza los que considera hechos determinantes del papel esposa y madre que tendría la mujer “normal” en nuestra sociedad.

Respecto a la sexualidad de la mujer, tal como lo expone Fernández (1994), Freud propone que lo único propiamente femenino sería la vagina. Por lo tanto, la sexualidad de la mujer es vista desde el eje principal de la reproducción y no del placer. Así, para María Fernández, que una mujer ceda total o parcialmente su sensibilidad

y su significación a la vagina, debe ser algo que el psicoanálisis tiene que interrogar más que normativizar. La castración clitoridiana que se da en otras culturas, no es tan distinta a lo que se daría en occidente a través de dispositivos y estrategias que no por simbólico son menos violentos.

Violencia que, para Fernández, se ejerce sobre la sexualidad femenina, pero además me es posible agregar que se ejerce sobre la maternidad, en la medida que se formula como ideal. Así, el concepto del paso del clítoris a la vagina es parte de los soportes de la monogamia unilateral, lo cual tiene gran importancia como estrategia para la reproducción de la familia patriarcal, siendo la pasividad femenina una de sus principales consecuencias.

Los símbolos de “lo materno” y el cuerpo de la madre

Para que la maternidad sea construida a partir de un ideal donde la feminidad pueda quedar atrapada, tanto para la cultura occidental como para el psicoanálisis freudiano, el sistema sexo-género a través de las instituciones de lo simbólico, construye modelos míticos-rituales a partir de donde esta imagen toma la fuerza que corresponde. Así, la posición materna logra un estatuto simbólico y no es algo impuesto con una violencia explícita, sino sutil, símbolos que, por lo demás, permiten la unión entre el concepto de Madre y Mujer. Los símbolos culturales acerca de la maternidad, parecieran estar cimentados principalmente desde un modelo judeocristiano, con todas las variantes según cada tiempo y lugar.

Kristeva (1987) plantea que la construcción de la maternidad en occidente es dada por una sacralización de la figura materna a través de la Virgen María, siendo ésta la principal imagen que absorbe lo femenino. Una figura que se encarna en las mujeres como un destino social necesario en aquellas subjetividades construidas y dictaminadas para cumplir con esta misión sagrada. Un mito que purifica la imagen materna.

Así al construirse la madre como modelo santo, tomando como referencia el modelo Mariano, se transforma en una madre a la cual no es posible acceder realmente, menos como mujer.

Es la madre de Dios encarnado, referente de sacrificio, dolor, sufrimiento: aquella madre que se constituye en cuanto tal solo por

disposición sagrada. Una madre que sucumbe ante el dolor, lo encarna y lo lleva, “(...) no se pare con dolor, se pare el dolor (...)” (Kristeva, 1987, 214). La madre no es solo del hombre, es madre de Dios, madre de la cultura.

Si llevamos a la luz la imagen de la madre como el modelo sacro cultural, pareciera ser que esta idea se conformaría como el resultado de una disposición anterior. María solo es santa mediante la relación con el hijo de Dios y su destino se marca desde su nacimiento. Por lo tanto lo verdaderamente santo es la misma relación, el vínculo que esta madre forma con su hijo y la historia que comparten. Kristeva lo menciona con estas palabras: “(...) se trata menos de una madre arcaica idealizada que de una idealización de la relación que nos une a ella, ilocalizable, de una idealización del narcisismo primario. (...)” (1987, 209).

Una relación que es anudada por la ley de parentesco instaurada en la prohibición del incesto. Una madre marcada como objeto de deseo –prehistórico– que no es de la propiedad de los hijos, pero desde el nacimiento imaginada como propia, por lo menos como objeto de goce a partir de su seno, o de amor a partir de su concepción como objeto de deseo. Es en esta prohibición donde toma más fuerza la idealización de la relación; porque está prohibida, se desea.

Esta idealización de lo materno dada por su sacralización, para Kristeva toma tres direcciones: una figura que no posee sexo ni muerte; una figura noble y representante del poder terrenal, y una figura donde convergen los distintos tipos de amor occidental.

En primer lugar, la virginidad es la condición lógica de la castidad en lo santo, en esta santidad la madre no muere, no tiene una tumba y no tiene la necesidad de resucitar, la madre solo transita. En segundo lugar, la madre tiene el poder terrenal, es responsable del destino social, del futuro prospero. En último lugar, en esta imagen se condensan las tres formas femeninas; la hija, la esposa y la madre, como un destino de la relación con Dios, de la relación con la cultura, y en esta relación las formas de amor convergen. María no es solo madre, sino también la mujer deseada y la hija perfecta.

La madre es la representante del amor, es la mujer deseada y la santa. Ocupa lugares moralizados inscritos en lo más íntimo de la humanidad, idealizados e inasequibles. Como un objeto de deseo, esta madre recorre una posición desde la abnegación y la humildad.

Esta posición Kristeva comenta que es parte de la vivencia femenina, una vivencia absorbida en su masoquismo, porque lo gratificante y gozoso es el sufrimiento.

El sacrificio materno es solo un precio sin importancia que pagar, un precio que se soporta por una relación deseada con su hijo, donde el resto de las relaciones humanas detonan como un incontestable simulacro.

Así, el hijo –el niño– se constituye como significativo para la madre –mujer–. Es puesto en un lugar incluso anterior a su historia. Si consideramos que la feminidad es absorbida, atrapada, por la maternidad en nuestra cultura, entonces suponemos que es en el hijo donde la mujer es construida como femenina.

Claramente Kristeva deconstruye las imágenes simbólicas y culturales sobre “lo materno”, pero por otra parte valora la relación con el cuerpo de la madre, una relación anterior a estas imágenes, instaurándose una continuidad más que una separación entre el sujeto y su objeto de deseo. La entrada de lo simbólico sería significada como el lugar donde se rechaza este cuerpo materno. Es decir, la relación del hijo con el cuerpo materno sería entendida como algo precultural o prelingüístico, porque lo cultural estaría atravesado por la cultura patriarcal.

Según lo ha planteado Butler (2001), Kristeva considera que el instinto materno tiene una condición ontológica anterior a la ley paterna, pero en este ejercicio dejaría de considerar que esta ley podría ser la causa del deseo que supuestamente reprime. Así, más que considerar a este instinto como una causalidad prepaterna, el deseo por el hijo podría reafirmar a la maternidad como práctica social que se impone desde las exigencias del parentesco.

Es en esta exigencia del parentesco desde la cultura patriarcal donde los modelos místicos toman fuerza, y en conjunto, la racionalidad en los cuerpos se hace aún más poderosa. Se construye una biopolítica de la madre, tanto en su sexualidad como en su corporalidad y el psicoanálisis freudiano no está ajeno a eso.

Fernández (1994) nos recuerda que durante el Renacimiento en el plano teórico casi no se presentaría una reflexión sobre el cuerpo femenino en su particularidad, y el trato clínico entre médicos y mujeres era casi inexistente. A pesar de aquello, lo más relevante en la discusión de las mujeres era su lugar en la concepción; su papel

procreativo era lo principal. Por lo demás, el cuerpo femenino es construido desde la biología como una analogía masculina –testículos femeninos, pene inconspicuo, vasos espermáticos femeninos, etcétera–, generando una ilusión de asimetrías que en cierta medida se mantiene operante hasta el día de hoy. El concepto de *penisneid* podría ser un ejemplo de aquello.

Ya en 1650 Harvey descubre el óvulo femenino, concebido como un huevo producido por la mujer que será fecundado por el semen masculino, por lo tanto ambos sexos se constituyen como complementarios (Fernández, 1994). Así, la sexualidad femenina se comienza a valorar y se construye el proceso histórico de la veneración materna.

Si nos remontamos a la Edad Media, la veneración a la Virgen María es desarrollada a partir de su lugar casto, pero durante el siglo XVII el culto mariano pasa a ser una veneración por la maternidad, y toda mujer adquiere valor social en tanto futura madre. A partir de este descubrimiento que liga a la mujer con la reproducción y su valoración, se comienzan a construir los mitos de la relación mujer=útero, desplazando poco a poco la idea de la mujer como hombre inacabado. Esta concepción uterocéntrica dará paso en el siglo XIX para que *la histeria* sea la enfermedad femenina por excelencia y su estudio la centralidad de variadas disciplinas.

Algunas reflexiones finales

Las construcciones psicoanalíticas sobre la función reproductiva femenina y por tanto su función como madre, tienen recién sus comienzos en Freud. El desarrollo posterior sobre estos asuntos ha sido bastante y variado, lo que requeriría un largo estudio para lograr acabarlo, si es que esto fuese posible.

En este sentido me parece interesante lograr develar los dispositivos de poder e históricos que aparecen en el psicoanálisis como una forma de repensar la disciplina, como una manera de encontrar los elementos para transformar la escucha de aquellos y aquellas que trabajamos con mujeres y madres. De modo que es importante considerar los trabajos psicoanalíticos posteriores a Freud, por ejemplo los de Jacques Lacan, Luce Irigaray, Dio Bleichmar, Ana María Fernández, Mabel Burín, entre otros/as; que siguen entregando lu-

ces para la construcción de las ideas culturales acerca de la mujer y la maternidad. Dos conceptos que parecen imbricarse casi como sinónimos, lo que determinaría una cierta violencia al colectivo femenino.

En este sentido, al parecer el estatuto materno se adecua a un registro simbólico, aparece en el lenguaje, y la cultura le otorga todo su valor. Y en eso consistiría lo peligroso, cuando se piensa que un colectivo de nuestra sociedad se valore culturalmente solo mediante un ejercicio que quizás ni siquiera aparece en sus deseos.

Justamente lo peligroso, tal como aparece en la teoría lacaniana, es cuando “La mujer no existe”, porque no es posible generalizar una idea de la mujer, no entra en el registro simbólico y no toda es en su goce, y por tanto es parte de la Humanidad donde lo genérico es lo masculino. Es peligroso, porque la maternidad sí parece constituirse en un valor simbólico, en tanto posible de generalizar por las construcciones que intenté mostrar a lo largo de este ensayo.

Esta maternidad posiblemente se construye como el principal valor femenino, permitiendo su entrada a la cultura. Así como lo exponía Freud, al parecer en nuestra sociedad cuando una mujer es madre –o toma esa posición– puede obturar su falta, consigue el falo deseado aunque sea de forma ilusoria y por un momento.

Pareciera que simbólicamente “La madre sí existe”. Existe como valor social, existe como lo instituido en los dispositivos de control, existe en la violencia del discurso social. Porque la cultura, y llamo cultura a lo que tradicionalmente ha construido el colectivo de varones, desea a la madre y el Complejo de Edipo parece resolverse en esta violencia.

Lo preocupante es, precisamente, poder entender y escuchar al colectivo femenino sin interpretarlo desde este lugar común. No parece ser terrible para nosotros los varones, sino para las mujeres que pueden padecer de un lugar que no es deseado, y pobre de aquellas que no lo deseen.

Notas

1. *Il n’y a pas la femme*, literalmente *no hay la mujer*.
2. Concepto ocupado según la propuesta de Cornelius Castoriadis.

Bibliografía

- Ariès, Philippe. *El Niño y la Vida Familiar en el Antiguo Régimen*. Trad. N. García Guadilla. Madrid, España: TAURUS Ediciones, 1987.
- Butler, Judith. *El género en Disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: PUEG/UNAM/ Paidós, 2001.
- Errázuriz, Pilar. *Misoginia romántica, psicoanálisis y subjetividad femenina*, Zaragoza: Editorial Universitaria, Colección Sagardiana, 2012.
- Espina, Gioconda. "El significante falo y la función social de la mujer". *Psicoanálisis y mujeres en movimiento*, cap 1. Caracas: UCV, Faces, 1997.
- Fernández, Ana María. *La Mujer de la Ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1994.
- Freud, Sigmund. "Tres ensayos de Teoría Sexual". *Obras completas*. Volumen VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1905.
- . "La organización genital infantil". *Obras Completas*. Volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1923.
- . "33° Conferencia: La feminidad". En Sigmund Freud. *Nuevas Conferencia de Introducción al psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, vol. XXII, 1933 [1932], 104-125.
- Kristeva, Julia. *Historias de Amor*. México, DF.: Siglo veintiuno editores, 1987.
- Moore, Henrietta L. *Antropología y feminismo*. Valencia, España: Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia-Instituto de la mujer, 1999.
- Soler, Collete. *Lo que Lacan dijo de las mujeres*. Trad. A. Palacios. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2006.
- Tubert, Silvia. "Masculino/Femenino: Maternidad/Paternidad". *Psicomundo.com*. Consultado el 02 de Julio del 2012, <http://www.psicomundo.com/foros/genero/tubert.htm>.